

Esta violación del derecho de gentes exaltó el ánimo del castellano, que juró reunir un ejército de tantos soldados cuantos pelos tenía en la cabeza y capaz de extender sus conquistas hasta las mismas aguas del Estrecho. Esto sucedía mientras un hombre extraordinario, procedente de la tribu de Lamtah en los confines del gran Desierto de Sahara, llamado Yusuf Ben Texfín, dotado de cualidades eminentes para la guerra y el gobierno de un Estado, conquistador de las provincias del África occidental y fundador de las ciudades de Marruecos y Tremecén la nueva, sometía á su invencible hierro todas las tribus berberiscas, y precedido del eco de sus victorias y formidable saña, se aprestaba á fundir en un solo Imperio el Maghreb africano y el Andalus. Pintábale la fama como regenerador del Islám, y á sus soldados los almoravides como hombres fanáticos, impetuosos, enemigos de los placeres, y tan sobrios de militares arreos, que sólo llevaban una ligera coraza, una larga y bien afilada lanza, y un escudo cubierto de piel de hipopótamo, impenetrable á las espadas y á las flechas. Bien necesitaba el Islamismo un sacudimiento como el que se proponía este terrible caudillo para sacar á los musulimes de Siria, del África y de España del marasmo en que los tenían sumidos los degenerados descendientes de los Umeyas y Abbasidas; porque se acercaba una de las épocas más críticas para el mahometismo: los turcos Selchukidas habían domado la arrogancia y barrido las impurezas de Bagdad;

con los sesos de fuera. Por último el historiador Ibnu-l-athir en su *Kámil* ó historia completa, refiere, que habiendo el rey Don Alfonso expugnado á Toledo, el poderoso Almutámed Ben Abbad le envió su acostumbrado tributo, que el cristiano no quiso recibir. Escribió éste al amir una carta altanera requiriéndole á que le abandonase todos los castillos y fortalezas, reteniendo los musulimes sólo la llanura y las ciudades abiertas, y amenazándole con que de lo contrario enviaría sobre Córdoba su ejército y la tomaría. El que llevaba este mensaje iba acompañado de quinientos jinetes: Almutámed le dió alojamiento conveniente, repartiendo aquella fuerza por las viviendas de los oficiales de su ejército, y dió á éstos órdenes secretas para que cada cual diese muerte al huésped que tuviera en su casa. Cumplióse puntualmente el mandato, envió por el embajador, y asiéndole fuertemente por el cuello, le sacudió y golpeó hasta que los ojos le saltaron fuera. Escaparon de su venganza sólo tres hombres, que huyeron consternados á contar al rey Alfonso lo ocurrido.

pero ellos á su vez padecían también el cáncer de las excisiones, y la Europa se aprestaba á descender al Asia con sus barones y caballeros cubiertos de hierro, con las cruces en los escudos, y los veintiocho *omrahs* ó amires que se repartían la conquista de los turcos iban á agruparse inútilmente en torno del estandarte del califa para desparramarse después, como aristas que dispersa el viento, ante el glorioso estandarte de los cruzados. Tenía Dios reservada la herencia de los abbasidas para los bárbaros mongoles; el califato de Oriente ya no existía, y de todos los sucesores del Profeta no quedaba en Asia mas que el insignificante Imam de Bagdad. El África no reconocía su autoridad y prefería obedecer á los descendientes de Fátima, la hija predilecta de Mahoma. En la España árabe era igual la ruina de las familias predestinadas: Toledo acababa de sucumbir al esfuerzo de Castilla; Zaragoza estaba estrechamente combatida; los amires de Andalucía alzaban clamores de espanto y volvían los ojos al África demandando auxilio.

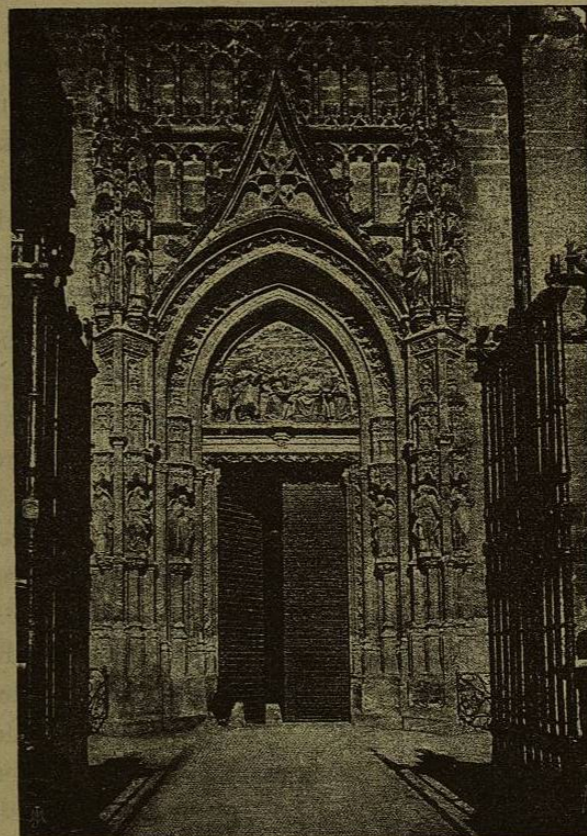
El amir de Sevilla, Almutámed Ben Abbad, temeroso de las amenazas de don Alfonso, é interpretando los secretos pensamientos del general bereber y de los otros régulos de la España árabe, como el más poderoso y respetado de todos, congregó á éstos, y les propuso le diesen su opinión sobre lo que debería hacerse en situación tan crítica. El resultado de la deliberación fué escribir á Yusuf Ben Texfín ofreciéndole reconocerse sus tributarios si les consentía permanecer en sus respectivos dominios y se abstenía él de invadir la península. Merece notarse la pintura que en esta carta le hacían del estado de las pequeñas monarquías en que se había dividido el Califato andaluz. «Nosotros los árabes de Andalucía, decían los régulos á Yusuf Ben Texfín, no conservamos en España distintas nuestras cabilas ilustres, sino mezcladas unas con otras, y esparcidas en diversas partes de ella, mezcladas nuestras generaciones y familias, de manera que poca ó ninguna comunicación tenemos tiempo há con nuestras cabilas ó familias que moran en África;

» así que esta falta de unión ha dividido también nuestros intereses, y de la desunión procedió la discordia y apartamiento, » y la fuerza del Estado se debilitó, y prevalecen contra nosotros » nuestros naturales enemigos, y estamos en tal estado, que no » tenemos quien nos ayude y valga, sino quien nos insulte y » destruya: siendo cada día más insufrible el encono y rabia del » rey Alfonso, que, como perro rabioso, con sus gentes nos entra » las tierras, conquista las fortalezas, cautiva á los muzlimes y » nos trata de pisar debajo de sus piés sin que ningún Amir de » España se haya levantado á defender á los oprimidos, mirando » con descuido la ruina de sus parientes, amigos y vecinos, sin » siquiera ejercitarse á ello por defensa de nuestra ley; y en » verdad que lo pudieran haber hecho si hubieran querido, como » debían, sino que ya no son los que solían, que el regalo, el » suave ambiente de los aires de Andalucía, las recreaciones, los » delicados baños de sus aguas olorosas, y frescas fuentes y con- » ficionados manjares, los han debilitado, y ha sido causa de que » teman entrar en guerra y padecer fatigas, sin moverlos á » ello causas tan justas; así es, que ya no osamos alzar cabeza, etc. (1). » Si realmente se envió á Yusuf esta carta, fuerza es reconocer que su contexto era más á propósito para estimular su ambición que para inspirarle otros sentimientos. Dícese que el conquistador africano, ignorante de la lengua árabe, tuvo que valerse de un intérprete para leer la misiva de los nuevos vándalos, y que por el pronto mandó se les contestase protestando miras pacíficas y hasta fraternales: que los amires de Andalucía se regocijaron al recibir su respuesta y casi se lisonjearon de poder tener á raya en lo sucesivo al terrible monarca castellano contando con la poderosa amistad de Yusuf Ben Texfín; pero que viendo al fin que ni de este modo intimidaban á los cristianos, sino que por el contrario recrecían las hostilidades y depredaciones de éstos, se decidieron á enviar á África

(1) CONDE: *Historia de los Árabes*, etc. Tomo II, cap. XIV.

una segunda embajada llamando en su socorro á los almorávides. Llamados ó no, invadieron éstos la España el año 1086, y fué inmenso el terror de la nación entera, cristiana y musulma-

SEVILLA



CATEDRAL.— PUERTA LATERAL

na, al ver holladas sus llanuras por aquellos salvajes bereberes, negros y beduínos del Atlas, medio desnudos, que con su extraño aspecto, sus clámides de antílope, sus largas picas y descomunales espadas difundían por todas partes el espanto. De

todos modos, más estimaba el sultán de Sevilla verse de pastor del rey de Marruecos guardando sus camellos, que ser tributario de los perros cristianos y guardar sus puercos (1).

La expedición se hizo con el mayor orden, habiendo dispuesto Yusuf en Ceuta todo lo necesario para el pasaje. Hábansele allí incorporado los ejércitos y tribus convocados para el *aljihad* ó guerra santa y procedentes de las cabilas y familias de Sahara, de las tierras meridionales del África, del país de Zab, de Magreb y del Awsat. Había hecho preparar naves, revistado sus tropas y reconocido las tiendas, armadas en las dilatadas llanuras que se extienden entre Tetuán y Tánger. Había por último ordenado el transporte sucesivo de cada cuerpo de ejército, y fueron tantos los hombres armados que en unos cuantos días puso en la ribera occidental de la bahía de Gibraltar, que sólo el Criador podía contarlos. Cuando hubo pasado todo su ejército y éste trasladó sus infinitas tiendas á la campiña que riegan el Guadalmequí y el río de la Miel, cuyas aguas bastaban apenas para tan gran número de combatientes y para abreviar sus caballos y camellos, se embarcó Yusuf para cruzar el Estrecho, con su hijo Ibrahím á la cabeza de un cuerpo de generales y capitanes de los más distinguidos entre los morabitas, levantando las manos al cielo é implorando el favor del Todopoderoso para la empresa que iba á acometer. Fué hasta la misma costa á recibirle el sultán Almutámed, y después de haber el africano fortificado á su placer á Algeciras, dejando en ella una guarnición de confianza, toda de gente de su tribu, fueron ambos la vuelta de Sevilla procediendo en todo de concierto y recibiendo Yusuf en las poblaciones del tránsito los agasajos que de antemano le estaban prevenidos por los andaluces. El ejército africano halló asimismo en su marcha comodidades y tiendas bien abastecidas, mas por efecto de la solicitud del sultán y de los gobernadores, y del temor de los habitantes, como es fácil supo-

(1) Proverbio con que los árabes del Califato andaluz justificaban el triunfo de los almoravides.

ner, que por la simpatía que pudieran despertar en ellos los mal agestados bárbaros.

En cuanto don Alfonso tuvo noticia de la venida de los africanos y de los aprestos militares que se hacían en Andalucía, convocó para la guerra todas sus huestes, con las de los ricos-hombres y las mesnadas de los concejos, y partió al encuentro de Yusuf llevando por su general á Alvar Fáñez, no sin mandar al propio tiempo al famoso Rodrigo de Vivar, llamado el Cid, que acudiese por la parte de Toledo para echar á los infieles que se le entraban por aquella tierra. «El rey don Alonso, dice Sandoval, llegó á toparse con los moros africanos y españoles que con ellos venían, que eran innumerables: rompió con ellos, y la batalla fué sangrienta, porque eran muy desiguales, y los cristianos muchos menos en número. Fueron desbaratados, pero el rey don Alfonso con un escuadrón de su gente estuvo firme, y rompió hasta las tiendas del rey de Marruecos, pero no pudo entrar el lugar donde estaba fortificado, ni sacarle dél, antes se vió allí muy apurado, y que iba faltando el día. Estando en esto, llegó aviso que los enemigos le saqueaban ya como victoriosos el Real y las tiendas. Voló á defenderlo, picándole siempre los moros, que se trataban como vencedores; hizo el rey cuanto pudo por sostenerse y defender sus alojamientos, cerróse la noche, que valió para no ser el rey don Alfonso de todo punto vencido; recogió su gente como pudo para fortificarse y salvarse, ó esperar cuando más no pudiese otro día al enemigo; fué su buena ventura que el de Marruecos no pudo ejecutar la victoria. Dicen que porque tuvo aviso que en África se levantaban contra él, y le convino volver luégo á asegurar su reino, y no perder lo cierto por lo dudoso.» Esta rota del rey don Alfonso VI fué el 30 de octubre de 1086: perdió el monarca castellano mucha gente, y salió mal herido de la batalla (1). Ocurrió ésta en Zalaca, cerca de Badajoz.

(1) La compilación de historias árabes de Almakari, que con tanta frecuencia citamos, trae pormenores curiosos sobre esta batalla de Zalaca. Hace mención de

Algunos historiadores árabes dan distinta explicación á la retirada de Yusuf Ben Texfín. Después de permanecer cuatro días en el campo de batalla recogiendo los despojos, y de haber demostrado su gran generosidad cediéndolos todos al ejército andaluz, Almutámed le invitó á pasar á Sevilla, donde entraron juntos los dos príncipes acompañados de una numerosa y brillante escolta. Alojó el árabe al africano en su propio palacio, edificio magnífico que, lo mismo que el de su padre Almutádhed, llenó de sorpresa á Yusuf y á su comitiva por las delicias de todo género de que allí se hallaban rodeados; y agregándose á los regalos de una existencia cual hasta entonces nunca la habían conocido, la hermosura, fertilidad y riqueza del país, y los primores que á cada paso en la ciudad descubrían, es fama que entre los generales de Yusuf nació el pensamiento de destronar á Almutámed; pero el sagaz amir de Marruecos juzgó más prudente aplazar esta empresa para cuando el trono sevillano estuviese aún más minado por la carcoma de los placeres y la disipación. Volvióse al África después de haber tomado secretos informes acerca de la conducta del sultán, prenda la más segura del futuro desamor de su pueblo, confiado en que muy en breve tendría ocasión de volver á buscarle, no como aliado, sino como émulo y mortal enemigo.

Así sucedió en efecto. Privadas las armas agarenas en España del socorro de los Almoravides, la monarquía cristiana alcanzó grandes creces: la Iglesia de Toledo estaba sabiamente gobernada por sus ilustres arzobispos; los ejércitos de don Alfonso conquistaban todos los años plazas y castillos importantes en Valencia, Murcia y Portugal; Castilla se repoblaba, las ciu-

los obispos, clérigos y religiosos que iban en la hueste del castellano, y de cómo exhortaban á los soldados levantando en alto las cruces y presentándoles abiertos los Evangelios. También los teólogos muzlimes, y los demás varones distinguidos por la santidad de su vida que iban en los dos ejércitos mahometanos coligados, hacían lo mismo por su parte; llenando las funciones de los katibes ó predicadores, erigieron en el campo multitud de púlpitos, y desde allí amonestaban á los soldados á pelear con valor y resolución.

dades de Segovia, Ávila y Salamanca renacían de sus ruinas; fortalecían el brazo del castellano nuevas y dichosas alianzas con la preclara sangre de Borgoña; los religiosos de Cluni reformaban la disciplina de nuestros monasterios un tanto relajada de resultas de las pasadas turbulencias; el Cid se hacía dueño de la hermosa ciudad del Turia, y amanecían por último para la cristiandad los días gloriosos de las Cruzadas por obra del santo y virtuoso Urbano II. En todas partes se anunciaba para el mahometismo un supremo conflicto.

Corría el año 1095: don Alfonso tenía puesto sitio á Zaragoza, asistido de cuatro obispos y otros tantos abades y los principales magnates del reino: algunos de nuestros historiadores suponen que para esta guerra había el rey traído de África los moros Almoravides (1); pero los escritores árabes refieren que Yusuf había ya vuelto á España en dos ocasiones anteriores á esta, una en 1088 para socorrer al rey de Murcia estrechado en Aledo, y otra en 1090 para expugnar á Toledo, tentativa que se le frustró por haberse negado á cooperar á sus designios los mahometanos andaluces. Añaden que el amir africano, ofendido de la punible indiferencia de los reyes de Andalucía, mandó á su general Seyr Ibnu Abí que fuese declarándoles la guerra á todos y reduciendo unas tras otras sus ciudades y fortalezas, pero comenzando por los estados más inmediatos á los dominios del castellano: lo cual fué ejecutado puntualmente. Avanzando Seyr contra Ben Hud, rey de Zaragoza, tomó á Roda por estratagemas; luégo destronó á los reyes de Murcia y Almería; puso en cadenas á Abdullah, rey de Granada, el fundador de la dinastía de los Zeiritas, y al Gobernador de Málaga; dió muerte al rey de Badajoz, Ben Al-aftas, ahogando en su sangre su descendencia; y por último sitió á Almutámed en Sevilla. Acudió éste á la defensa de su reino enviando sus hijos mayores á atajar el paso al invasor: uno de ellos pereció bizarramente en

(1) V. á SANDOVAL: *Reinado de don Alonso el VI.* Era 1135.

Carmona, y otro cerca de la capital en un reñido encuentro: el padre hizo en aquel trance crítico prodigios de valor en el cerco que sufrió la capital; pero todo fué inútil; el general bereber arrolló toda resistencia, y Sevilla cayó en poder de los Almoravides, los cuales mandaron á Almutámed y su familia á África cargados de cadenas. Murió este rey en Aghmat aquel mismo año 1095, después de haber ocupado por espacio de veintisiete el trono de Sevilla.

Hallábase á este tiempo don Alfonso pobre de gente y de dinero con las pasadas guerras, y falto de salud en la ciudad de Toledo. Los Almoravides, criados en las armas y soberbios, muerto Ben Abbad, se levantaron contra su yerno el rey cristiano, y aun se asegura que Seyr Ibnu Abí se declaró en Andalucía independiente del Miramamolín de Marruecos. Los moros españoles, cediendo á su preponderancia, se alzaron también contra el Castellano, y los mahometanos de ambas razas, llevándolo todo á sangre y fuego, preparaban para la cristiandad en España nuevos días de luto y desolación. Los mozárabes, que hasta entonces habían disfrutado de largas épocas de paz entre los agarenos, fueron casi todos pasados á cuchillo. Asaltáronse los templos, y esta vez no hubo iglesia ni monasterio que quedara incólume en Andalucía, ni en la tierra de Extremadura, Murcia y Valencia. Don Alfonso, impedido por su enfermedad, no pudo salir á campaña: envió en su lugar al infante don Sancho, su hijo único, niño de unos once años, acompañado de los condes y de toda la nobleza de Castilla, y encontrándose en Uclés ambos ejércitos, trabóse sangrienta batalla, en que los castellanos se desconcertaron. Metióse el infante á pesar de su tierna edad más de lo que debía en la refriega: matáronle el caballo, cayó en tierra, y á pesar de la heroica fidelidad del conde de Cabra que trató de salvarle la vida escudándole con su cuerpo, fué allí miserablemente hecho pedazos con siete de sus condes. Traspassado de dolor el rey de Castilla al saber la muerte de su hijo, trató de vengarla: viendo que en sus caballeros no

había las fuerzas y ánimo que eran menester, consultó con médicos sabios la causa: dijéronle que sus nobles usaban mucho de los baños y se daban demasiado á los placeres, regalos y vicios, en vez de ejercitar con asiduidad las armas; y entonces el rey mandó derribar todos los baños y reformar los trajes y regalos excesivos. Por lo visto duraban todavía reliquias de la molicie oriental funesta á los visigodos. Para satisfacerse de la afrenta recibida en Uclés y recobrar los lugares que en aquella mala jornada había perdido, hizo el mayor aparato y leva de gente que pudo. Sacó de las fronteras los más lucidos y honrados caballeros: enviáronle los concejos á porfía la mejor y más brava parte de sus mesnadas: los ricos-hombres y señores acudieron con sus huestes, y juntó entre todos don Alfonso hasta siete mil lanzas y cuarenta mil infantes. Con este poderoso ejército se puso sobre Córdoba, y la sitió; la ciudad, temerosa, se dió á partido, entregándole los cristianos cautivos, y puso á su disposición los bienes de los Almoravides, que eran muchas joyas y caballos.

Yusuf Ben Texfín había muerto, y reinaba en Marruecos su hijo Abulhasán Alí. Había mandado á éste su padre, al fallecer, que no hiciese la guerra á las tribus del Atlas, que celebrase alianza con el rey de Zaragoza para poder hostilizar provechosamente á los cristianos, y finalmente que estableciese su corte en Sevilla. Noticioso el nuevo Miramamolín del insulto hecho al Islam por el castellano en Córdoba, pasó á España: don Alfonso recibió aviso oportuno y fué en su busca. Habían pasado para los Almoravides aquellos afortunados días de Zalaca y de Uclés en que la espantable presencia de sus soldados medio desnudos y el sordo trueno de sus tambores bastaban á producir la consternación en los corazones cristianos: fortalecidos éstos en la dura escuela del incansable don Alfonso, desafiaban ya con halagüeño semblante la furia de la morisma. Así el campo cristiano avanzó tanto ahora, que estragando toda la tierra entre Córdoba y Sevilla, se metió como desbordado torrente en la capital de

Alí Abulhasán, el cual salió de ella huyendo y volvió á embarcarse para África.

Los últimos años del rey don Alfonso fueron una serie de victorias: los árabes y moros de Andalucía por una parte, viéndose sin caudillo, se le rindieron haciéndose sus tributarios; Cuenca y Ocaña fueron entradas después de una obstinada resistencia, si bien comprando los cristianos la victoria con la muerte de muchos nobles caballeros; puso don Alfonso en el trono de Sevilla á un nieto de Ben Abbad su suegro, y coligados ambos, armaron galeras y naves que hicieron grandes estragos en las costas africanas, corriéndolas todas hasta Túnez y apresando en esta campaña de mar muchos bajeles al enemigo. Por otra parte en África « permitió el Todopoderoso, dicen las historias árabes, que Mohammed Ben Tuimarta, por otro nombre Al-mahdí, fundador de la dinastía de los Al-muwahedán ó Almohades, se levantase contra la dinastía de los Lamtunitas ó Almoravides, arrebatándoles extensas provincias; con lo cual quedó el poder de Abulhasán tan debilitado, que tuvo que pedir paces al cristiano.

Murió en esto don Alfonso de Castilla (A. D. 1109); pero contra los sectarios de Mahoma se había alzado ya formidable en el reino de Aragón otro Alfonso, hijo del rey don Ramiro, cuyas brillantes campañas en los dominios muzlemas no referiremos por ser ajenas al cuadro de nuestro actual estudio. Alí Abulhasán, ocupado principalmente en la guerra de África contra los Almohades, no volvió á España: dejó de gobernador en Sevilla á su hermano Abú Táhir Temín, y á la muerte de éste, ocurrida en 1126, recayó la corona de Marruecos y de Sevilla en su hijo Taxeffn. Alí no murió hasta el año 1143; reinó treinta y seis años y siete meses. El mismo año que falleció en Sevilla Abú Táhir, dió fin á sus días en Castilla doña Urraca, la hija de don Alfonso VI, y acabaron con ella sangrientas calamidades que habían mancillado los lauros de la monarquía castellana. Con el advenimiento al trono de Taxeffn coincidió, pues, en



CATEDRAL.—PUERTA DEL PERDÓN

Castilla la proclamación de don Alfonso VII, de sangre borgoñona por parte de su padre el conde don Ramón. Pero Taxeffn no llegó siquiera á ver sus Estados de Andalucía, porque huyendo de Wahrán donde le tenían estrechamente sitiado los Almohades, tuvo oscura muerte en un precipicio, al cual le arrastró galopando de noche su predilecta yegua *Rihánah* (1). No alcanzó mejor suerte su hijo Abu Isac Ibrahim, á quien degolló Abdulmumen en Marruecos después de conquistar á Tremecén, Fez y Salé (A. D. 1147).

El pueblo andaluz, viendo que el imperio de los Almoravides caía hecho pedazos, arrojó la máscara del disimulo y rompió en abierta rebelión contra sus regidores de África. Reprodujéronse las divisiones que habían acompañado á la caída de la dinastía Umeya: cada gobernador, cada general arrojado se llevó un trozo del poder lamtunita en Andalus, y llegó el caso de haber tantos sultanes cuantas ciudades y castillos. Este período de confusión y anarquía lleva entre los árabes el nombre de *segunda guerra civil*. Proclamáronse independientes, en Córdoba Ben Hamdín; en Cádiz y los distritos circunvecinos, Ben Maymún, repartiéndose con él Ben Kasí y Ben Wazir el dominio de toda esta tierra, antes patrimonio de los Beni Alaftas. Alzóse en Granada un jefe arriscado y temido, llamado Maymún Al-lamtuní; y se enseñoreó de Valencia y de una gran parte del Levante, Ben Mardaniah Aljodhamí. Pero todos, menos este último, se disiparon ante los victoriosos estandartes de Abdulmumen que sometió á su yugo la España musulmana. Sevilla y Málaga estaban en poder de los Almohades desde el año 1146: tres años después les entregó Ben Ghaniyyah la soberbia Córdoba, la famosa ciudadela del Islam.

Abdulmumen no llegó á entrar en Sevilla: la única vez que vino á Andalucía, se contentó con permanecer dos meses en Gibraltar (*Jebal Tarik*), edificando allí un fuerte castillo para

(1) V. á Almakkarí, lib. VIII, cap. II.

el cual dió él mismo la traza. Murió cubierto de laureles, ganados por sus lugartenientes en Almería, Granada, Badajoz, Beja, Ébora y Alcázar do Sal, el año de la egira 558 (A. D. 1163), cuando se disponía á hacer una entrada formidable en España, para la cual había reunido trescientos mil hombres de las tribus árabes y zenetes de la secta de Mahdí, y ciento ochenta mil voluntarios de Marruecos, ganosos de morir en guerra santa por la causa del Profeta.—Todo anunciaba que quería Dios fiar la suerte futura de la cristiandad en España á un conflicto supremo. Mientras más se robustecía el poder de los Almohades, más crecía también la pujanza de las monarquías castellana y aragonesa. Yusuf, el hijo de Abdulmumen, recibía en Sevilla la sumisión de los hijos del temido rey de Valencia y Murcia, Ben Mardanish: todo lo mejor de la península era ya suyo, y su ánimo varonil le impelía á la conquista de Toledo amagando ya á Calatrava: y la España cristiana, bajo sus reyes don Sancho el Deseado y don Alfonso VIII, se armaba de nuevas defensas revistiendo la loriga los heróicos monjes cistercienses y los canónigos de San Eloy, fundadores de las inmortales órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago. Cristianos y Almohades, cada cual por su parte, eran gobernados por grandes reyes: al valiente y piadoso Yusuf, contraponía Castilla su don Sancho III; al hijo de aquél, Yakub Almansur (el victorioso en la gracia de Dios), triunfante en Alarcos (1195), y á Annasir Lidin-illah, opuso Dios el prudente y bizarro don Alfonso VIII, triunfante en las Návvas de Tolosa (año 1212).

Esta memorable batalla, designada por los historiadores árabes con el nombre de rota de Al-akab, hundió en España el imperio de los Almohades. Fué tan grande la pérdida de éstos, que los distritos y ciudades del África occidental quedaron casi despoblados. «Seiscientos mil combatientes, dice Almakkarí, puso Annasir en el campo de batalla; todos perecieron, á excepción de unos cuantos que quizá no llegaron á mil. Esta batalla fué una maldición, no sólo para Andalus sino para todo el Magreb.»